

DIARIOS DE UNA NÓMADA APASIONADA ISABELLE EBERHARDT

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





ISABELLE EBERHARDT

(MEYRIN, GINEBRA, 1877 – AÏN SEFRA,
ARGELIA, 1904)

Viajera y escritora suiza de origen ruso, Isabelle vivió y murió trágicamente en el desierto argelino a la edad de 27 años. Hija ilegítima de Nathalie d'Eberhardt y de Alexandre Trophinowsky, sacerdote armenio amigo de Bakunin, recibió una educación nada convencional. Muy temprano tomó la costumbre de vestirse como un hombre para experimentar una vida libre y sin ataduras. En 1897 viaja con su madre a Argelia y ambas se convierten al Islam, pero su progenitora muere a los seis meses en Bône y allí quedó enterrada con el nombre de Fatma Mannoubia. Poco después Isabelle se traslada definitivamente al país y comienza una vida en la que se mezclan sus correrías a caballo por el desierto vestida de hombre, sus crónicas de guerra, artículos para medios franceses, y hasta labores de espía para el general Hubert Lyautey. Su encuentro con el suboficial Slimène Ehnni, con quien se casó en 1901, le proporcionó la poca estabilidad emocional que tuvo en vida.

Además de su trabajo como cronista de prensa escribió numerosos relatos y novelas breves como *Yasmina y otras narraciones*, (José J. De Olañeta, 2001) y *País de arena*, (Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, 1989) todos ellos de una originalísima modernidad. Pero sus escritos más íntimos se encuentran en estos *Diarios* donde refleja los pormenores de su vida que acaba con su temprana muerte cuando una riada anega su casa.

DIARIOS DE
UNA NÓMADA
APASIONADA
ISABELLE
EBERHARDT

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS N°4

DIARIOS DE UNA NÓMADA APASIONADA ISABELLE EBERHARDT



Título original: *Mes journaliers*, 1923

Título de esta edición: *Diarios de una nómada apasionada*

Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: septiembre de 2018

© de esta edición: La Línea del Horizonte Ediciones

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción e introducción: Adolfo García Ortega

De la maquetación y el diseño gráfico:

© Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito legal: M-23825-2018 | ISBN: 978-84-15958-84-0

IBIC: BD, 1HBA

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

— *Prólogo* —

Por ADOLFO GARCÍA ORTEGA

13

PRIMER DIARIO

19

SEGUNDO DIARIO

33

TERCER DIARIO

93

CUARTO DIARIO

163

— *Epílogo* —

215

— *Glosario* —

217

DIARIOS
DE UNA NÓMADA
APASIONADA

ISABELLE
EBERHARDT



— Prólogo —

Isabelle Nicolaievna Eberhardt nació en 1877 en Meyrin, localidad próxima a Ginebra. Era hija ilegítima de Nathalie d'Eberhardt, alemana que se había casado con el general y senador ruso Carlovsky de Moërder, y del ex pope ruso Alexandre Trophimovsky. La historia de esa relación, de la que apenas si se tienen datos, es bastante compleja. En 1873, cuatro años antes del nacimiento de Isabelle, *Madame* de Moërder se instala en Meyrin, en una especie de mansión aislada llamada La Ville Neuve, con los tres hijos tenidos en su matrimonio: Olga-Pavlova, Vladimir y Augustin de Moërder. Va acompañada por un extraño personaje que cumple funciones de tutor: el ex pope Trophimovsky, amigo personal de Bakunin, filósofo, sabio, botánico reconocido y revolucionario, que hubo de huir de la policía secreta imperial y exiliarse. En la persecución de que fue objeto desempeñó un papel decisivo su relación adúltera con *Madame* de Moërder quien, por lo que se deduce, prefirió seguir a su amante al exilio llevándose consigo a sus hijos.

Isabelle, cuya madre optó por ponerle su apellido de soltera, creció en aquella casa de La Ville Neuve. Por ella pasaron numerosos revolucionarios que huían de la Rusia zarista, gente

perseguida, conjurados, miembros de sociedades secretas, anarquistas más o menos famosos, seres oscuros que hallaron ayuda en aquella rara familia rusa. Allí impera el aislamiento, la nostalgia, la ensoñación, y una heterodoxa moral tolstoiana que lo envuelve todo de una irrealidad evasiva. Estos rasgos influyeron mucho en el carácter de Isabelle, que se acabaría convirtiendo en una desplazada social que solo habitaba en sus fantasías.

Sin embargo, a través de la diversidad de gentes que pasó por la mansión y también gracias a la colosal sabiduría de Trophimovsky, Isabelle tuvo una educación muy por encima de lo normal: ruso, francés, alemán, árabe, literaturas occidentales, sobre todo la francesa, y orientales, conocimientos científicos, antropológicos... y un heredado odio hacia la injusticia, empezando por la del Zar.

Con su hermanastro Augustin tuvo una intensa relación. Desde niña fue su confidente y estaban unidos por lazos de complicidad y cariño. Augustin, individuo neurasténico y apocado, fue incapaz de lograr los sueños de aventura que planeó con su hermana en la infancia, y tras una serie de fracasos en la carrera militar, se casó con una mujer totalmente carente de imaginación y se trasladó a vivir primero a Cagliari y luego a Marsella. Su vida se vulgariza y su relación con Isabelle se deteriora hasta disolverse. En los *Diarios* puede seguirse el proceso de esa disolución.

En 1897 Isabelle se traslada con su madre a Bône (Argelia), donde al parecer *Madame* de Moërder llegó a entrar tan a fondo en los círculos de la sociedad árabe que acabó por convertirse al islamismo. No obstante, otras fuentes ajenas a los *Diarios* desmienten este extremo. Aquel mismo año Madame de Moërder muere en Bône y es enterrada en un cementerio árabe. El dolor de Isabelle es inconsolable y a él hace repetidas referencias en sus

Diarios. Trophimovsky, al que familiarmente llaman Vava, se queda en la casa de Meyrin aumentando su aislamiento. Isabelle, instalada en Argelia, va poco a poco introduciéndose en la sociedad indígena, incluso adquiriendo relativa notoriedad, pues algunas de las familias más notables de la zona quieren casar a sus hijos con aquella tan extraña como fascinante mujer.

La falta de recursos económicos obliga a Isabelle a volver a Ginebra. Un tiempo antes se ha suicidado en La Ville Neuve su hermanastro Vladimir. Y otro suceso contribuirá a dar a la casa la aureola de «fatídica» con que la denomina Isabelle en sus *Diarios*: la noche del 15 de mayo de 1899 ocurre un hecho que nunca llegó a aclararse, la muerte de Trophimovsky. Según parece, Trophimovsky estaba enfermo y para paliar los dolores tomaba una determinada droga. Aquella noche, queriendo evitarle más dolores, Isabelle y Augustin incrementan la dosis de la mortal medicina. Nadie investigó el asunto, tal vez a causa de las extravagancias del ex pope.

Comienza para ella la etapa que aborda en sus *Diarios*. Estos comprenden los años que van de 1900 a 1903, más unas notas de 1904. Son cuatro diarios que Isabelle nunca pensó escribir con vistas a su publicación. Tienen por tanto un estilo fresco, inmediato, a veces descuidado y sin querer desarrollar todos los temas, muchas veces meramente apuntados. Se publicaron de forma póstuma en París en 1923. Llama la atención de manera poderosa la ingenuidad de muchos de sus pasajes, en ocasiones candorosa hasta la ternura cómplice por parte del lector. Su romanticismo conserva aún las galas febriles de la adolescencia, y hay en ellos una pujante visión para saber discernir y registrar todo un cúmulo de sensaciones. Pero junto a estas características nos encontramos también con la fuerza de dos rasgos que per-

miten ubicar estos *Diarios* en el marco de pleno derecho de la literatura *fin de siècle*: una tristeza melancólica —el famoso *ennui* de la época— que lo llena todo como una pesada bruma, y una fascinación sensitiva por el misticismo religioso y por el misterio mágico.

Todas estas huellas hallaron en el mundo árabe una enigmática y predestinada materialización para Isabelle. Y en él volcó el caudal de desaforada pasión que, como romántica (y muy joven), llevaba dentro. La pasión es lo que se derrama en cada línea de estos *Diarios*. Pasión religiosa —quiso ser morabita o santa islámica—, pasión sensual —en sus descripciones del paisaje y en sus relaciones amorosas, primero con un diplomático turco apodado Archavir, luego con el escritor Eugène Letord, que vivía en Bône, y finalmente con el que será su esposo, el lugarteniente indígena de la guarnición de El Oued Slimène Ehnni— y pasión moral —criticó las injusticias de la colonización árabe y se comprometió con el nacionalismo rebelde—.

Su vocación literaria es el motor que la anima. De hecho, sin ser una escritora de primera línea y pese a morir a los veintisiete años, llegó a escribir tres novelas, *Rakhil*, *Yasmina* y *Trimardeur*, así como unos artículos que se recogieron en los volúmenes *Dans l'Ombre Chaude d'Islam*, *Notes de Route* y *Pages d'Islam*, todos ellos publicados póstumamente.

Estos *Diarios* dan cuenta en especial del hechizo que le causó el mundo y la vida árabe. Es cierto que encontramos en ellos lo caótico de impresiones sueltas, de sensaciones anotadas, de puntas de iceberg de cosas más hondas que nunca se aclaran, o que se van aclarando en la lectura morosa. Es cierto, asimismo, que encontramos a una escritora «haciéndose», evolucionando, sacando a la luz unas condiciones inigualables para la prosa impre-

sionista. Pero, por encima de todo esto, encontramos aquí a una devota y convencida musulmana. La Causa Árabe le obsesiona: dirigió una revista nacionalista de corte bakuniano, *Akhbar*, se introdujo en la influyente tribu de los Kadryas, que la acogieron cálidamente, cambió su nombre por el de Mahmoud Essadi, encontró el placer y el dolor de la vida nómada del desierto sahariano, y amó locamente —y de ello sus *Diarios* son fieles testigos— a Slimène. Con cada paso que daba se topaba con la rémora de su sexo, y para ello cambió sus atuendos por los masculinos de jinete bereber. Sufrió la pobreza y la frustración, padeció el rechazo de una parte de la sociedad árabe, que intentó matarla en un atentado que se detalla en los *Diarios*. Y, por fin, con su amado Slimène quiso retirarse al fondo del sur misterioso y crear una línea de caravanas comerciales. La muerte, absurda, lo truncó todo en el preciso momento en que la felicidad se abría a sus pies. El 21 de octubre de 1904 ella estaba en Aïn Sefra esperando a Slimène. Rouh —como le llamaba cariñosamente— llegó, e hicieron planes para su proyecto; habían conseguido el dinero. Slimène salió de la casa. Una tormenta atroz cayó sobre el poblado produciéndose una riada. La gente huía. Isabelle desde el balcón de su casa miraba aquel torrente. En unos segundos la casa se vino abajo. Cuatro días después hallaron su cuerpo bajo los escombros.

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

PRIMER DIARIO



Cagliari, 1 de enero de 1900

Estoy sola¹ sentada frente a la inmensidad gris de un mar murmurante... Estoy sola... sola como lo he estado siempre en todo lugar, como lo estaré siempre por el Gran Universo cautivador e ilusorio... Sola, con todo un mundo tras de mí de esperanzas defraudadas, de ilusiones muertas y de recuerdos cada día más lejanos, tanto que se han hecho casi irreales.

Estoy sola, y sueño...

Y, a pesar de la profunda tristeza que invade mi corazón, mi ensueño no tiene nada de desolado ni de falta de esperanza. Después de estos últimos seis meses tan agitados, tan incoherentes, siento que mi corazón se temple como nunca y que de ahora en adelante será invencible, incapaz de doblegarse incluso en medio de las peores tormentas, humillaciones y duelos. Por la experiencia honda y sutil sobre la vida y sobre los corazones humanos que he adquirido —¡y al precio de qué sufrimientos, Dios mío!—, preveo con claridad el extraño hechizo triste que para mí tendrán los dos meses que he de pasar aquí, adonde casualmente he llegado a encallar, en gran parte debido a mi prodigiosa despreocupación de todo en el mundo, o al menos de todo lo que no sea el mundo de las ideas, de las sensaciones y de los sueños, que representa mi yo real y que está herméticamente cerrado a los ojos curiosos de los demás, sin excepción alguna.

De cara a la galería, luzco la máscara supuesta del cínico, del perdido y del a mí qué me importa... Nadie hasta la fecha ha sabido traspasar esa máscara y descubrir mi verdadera alma, esta alma

1 La autora escribía indistintamente en femenino y en masculino. Para facilitar la comprensión del texto, firmado por su autora con su verdadero nombre, se ha unificado toda su expresión en femenino (N. del T.).

sensible y pura que vuela tan alto sobre las bajezas y los envilecimientos adonde me apetece, desdeñando los convencionalismos y, también, por una rara necesidad de sufrir, arrastrando con ella a mi ser físico...

Sí, nadie ha sabido comprender que, en este pecho, al que parece que solo mueve la sensualidad, late un corazón generoso, antaño desbordante de amor y de ternura y ahora colmado de una infinita piedad hacia todo el que sufre injustamente, hacia todos los débiles y los oprimidos...; un corazón orgulloso e inflexible que se ha entregado entero por propia voluntad a una causa tan querida como es la causa islámica, por la que querría un día verter la sangre ardiente que hierve en mis venas.

Nadie ha sabido comprender estas cosas y tratarme en consecuencia, ni, ay, nadie las comprenderá nunca.

Seguiré siendo inquebrantablemente la borrachina, la depravada y la escandalosa que atiborra en verano su loca y perdida cabeza con la embriagante inmensidad del desierto, y en otoño con los olivares del Sahel tunecino.

¿Quién me devolverá las noches calladas, los perezosos paseos a caballo a través de las llanuras interminables del Oued Righ y las arenas blancas del Oued Souf? ¿Quién me devolverá la sensación a la vez triste y feliz que invadía mi corazón de total abandono en mis caóticos campamentos, entre mis amigos traídos por el azar, los *spahis* y los nómadas, que no sospechaban en mí una personalidad tan odiosa, y de la que reniego, con la que la suerte me ha vestido como a un adefesio para mi desgracia?

¿Quién me devolverá alguna vez las cabalgadas frenéticas por los montes y los valles del Sahel, cara al viento del otoño; cabalgadas embriagadoras que me hacían perder la noción de la realidad en una suprema borrachera?

En estos momentos, como en todos los momentos de mi vida, solo tengo un deseo: investirme lo más rápido posible de una personalidad amable que, realmente, es la *verdadera*, y regresar allá, a África, rehacer otra vez aquella vida... Dormir, en medio del frescor y del silencio profundos, bajo la vertiginosa caída de las estrellas, con el cielo infinito por único techo y por única cama la tierra tibia..., relajarme con la dulce y triste sensación de mi absoluta soledad, y con la certeza de que, *en ningún lugar de este mundo*, ningún corazón late por el mío, de que en ningún extremo de la tierra ningún ser humano me llora ni me espera. Saber todo esto, ser libre y sin trabas, plantada en el centro de la vida, en ese gran desierto en el que sin embargo siempre seré una extraña y una intrusa... Esta es, con toda su profunda *amargura*, la única dicha a la que el *Mektoub* nunca me conducirá, porque a mí la verdadera felicidad, esa en pos de la cual todos los humanos corren anhelantes, siempre se me ha negado...

¡Fuera ilusiones y pesares!

¡Qué ilusiones voy a conservar, si la blanca paloma² que fue la dulzura y la luz de mi vida está dormida allí desde hace dos años, bajo la tierra, en el tranquilo cementerio de los Creyentes de Anneba!

Si Vava³ ha vuelto al polvo originario y si de todo lo que parecía tan tenazmente duradero nada permanece ya en pie, si todo se ha derrumbado, hundido, para siempre y toda la eternidad... Si el destino me ha separado, extraña y misteriosamente, del único ser que de verdad se había acercado tanto a mi alma como para entrever si acaso un pálido reflejo suyo, Augustin⁴...

2 Se refiere a su madre. (Todas las notas que siguen pertenecen al traductor).

3 Su padre.

4 Su hermanastro.

Si... ¡Basta!, dejemos dormir para siempre estos últimos sucesos.

A partir de ahora me dejaré mecer por las olas inconstantes de la vida... Me embriagaré con todas las fuentes de la ebriedad, sin afligirme, aunque se agoten inexorablemente... Adiós a las luchas y a las victorias, y a las derrotas de las que salía con mi corazón sangrando y herido... ¡Adiós a todas esas locuras de primera juventud!

He venido aquí para huir de los escombros de un eterno pasado de tres años que acaba de desplomarse, ay, en el fango y tan hondo, tan hondo... He venido aquí también por amistad hacia el hombre que el Destino puso en mi camino por azar en el preciso momento de una crisis —si Dios quiere, la última— en la que no sucumbí, pero que amenazaba con durar demasiado...

Y, cosa extraña, de lo que he experimentado hoy y que me ha causado tan confusa tristeza, resurge un cambio absoluto de sentimiento hacia él.

Mi amistad ha crecido... ¡Magnífico! Pero *en ilusión*, desde el primer día, desde la primera hora.

Otra vez me doy cuenta de que empiezo a perderme en *lo indecible*, en ese mundo de cosas que siento y que comprendo clarísimamente pero que nunca he sabido expresar.

Sin embargo, aunque mi vida no ha sido más que un entretejer dolores y tristezas, no voy a maldecir nunca lo lamentable y triste que es el universo... porque en él el Amor vive junto a la Muerte y todo es efímero y transitorio. Porque los dos me han embriagado, me han extasiado, me han regalado muchos sueños y muchas ideas.

No añoro ni deseo nada más... *Solo espero*.

Así, nómada y sin otra patria que el Islam, sin familia ni

confidentes, sola, sola para siempre en la soledad altiva y sombríamente dulce de mi alma, seguiré mi camino por la vida, hasta que suene la hora del sueño eterno de la tumba...

Y la eterna, la misteriosa, la angustiosa pregunta aparece una vez más: ¿dónde estaré, en qué tierra, bajo qué cielo, a esta misma hora dentro de un año?... Lejísimos, sin duda, de esta pequeña ciudad sarda... ¿En dónde? ¿Seguiré aún entre los vivos ese día?



Cagliari, 9 de enero

Impresiones en 1900

Jardín Público, hacia las cinco de la tarde

Paisaje atormentado, colinas de abruptos contornos, rojizas o grises, ciénagas oscuras, filas de pinos marítimos y de chumberas, apagadas y melancólicas. Verdor lujurioso, casi desconcertante en este ecuador del invierno. Lagos salados, superficies color plomo, inmóviles y muertas, como los lagos del desierto argelino.

Arriba del todo, la silueta de una ciudad tras de trepar por la colina abarrancada y ardua.... Viejas murallas, viejo torreón almenado, formas geométricas de las terrazas, todo de un blanco ceniciento uniforme perfilándose sobre un cielo índigo.

También aquí arriba, verdor a raudales y árboles de hojas perennes. Cuarteles parecidos a los que hay en Argelia, largos y de una sola planta, cubiertos de tejas rojas, con paredes leprosas y decrépitas, pero con el mismo tono dorado que todo lo demás.

Muros pintados con cal rosácea o rojo sangre o azul cielo, como las casas árabes.... Viejas iglesias oscuras y llenas de estatuas

y mosaicos de mármol, todo un lujo en este país de miseria sórdida. Pasajes abovedados en donde los pasos resuenan secamente, despertando ecos sonoros. Callejuelas enredadas que suben y bajan, a veces con escalones labrados en la piedra gris, y, como aquí arriba no hay tráfico, los adoquines puntiagudos del pavimento se recubren de finas hierbas marchitas, de un verdor casi amarillo.

Puertas que dan paso a negros sótanos, donde se meten familias miserables pese a lo increíblemente oscuros y húmedos que son. Otras lo hacen en zaguanes techados con escaleras de azulejos.

Tiendas con escaparatitos de colores chillones, tenderetes orientales, estrechos y ahumados, de los que salen voces gangosas, cansinas...

Por aquí y por allá siempre hay un joven apoyado contra una pared hablando por señas con una muchacha que se inclina en la barandilla de su balcón...

Campesinos cubiertos con largos pañuelos que les bajan por la espalda, chaqueta negra ajada por fuera del pantalón de calicó blanco. Caras morenas y barbudas, ojos hundidos bajo unas pobladas cejas, fisonomías recelosas y hurañas, mezcla de griego montañés y de cabila en una insólita fusión de rasgos.

Las mujeres, belleza árabe, ojos enormes muy negros, lánguidos, pensativos... Expresión resignada y triste de pobres bestias temerosas.

Mendigos con soniquete plañidero, obsequiosos, asaltan al recién llegado, lo siguen, lo agobian por todas partes que vaya... Canciones infinitamente tristes o estribillos populares se convierten en una especie de obsesión angustiosa, cantinelas que invitan a confundirlas con las de allá, con las de ese África al que todo, aquí, recuerda a cada paso y hace añorar intensamente.

TERCER DIARIO



Notas, pensamientos, impresiones
Mediados de febrero de 1901. Hospital militar de El Oued
En el nombre de Dios clemente y misericordioso

Larga noche interminable, sin sueño, en el silencio de muerte. Aquí, en la sala corta y estrecha del hospital, todo está a oscuras y agobia. La lamparilla, sujeta a la pared, junto a la ventana, ilumina débilmente este miserable cuadro: paredes húmedas con rodapié amarillo, dos camas militares blancas, una mesilla negra, un estante con unos frascos y unos libros... La ventana está cubierta con una manta del ejército... En el enorme patio del cuartel no se oye nada... De cuando en cuando, llega hasta mi delicado oído de enferma un ladrido lejano, contumaz... Luego de nuevo el silencio. Se oye a veces un cuchicheo, el paso de un soldado, regular, mecánico. Un ruido seco al poco, de culatas de fusil, una breve y fría orden... Otra vez pasos que se alejan por la derecha, en dirección al cuartel de infantería. La guardia de la puerta ha sido relevada... Vuelve a caer el silencio... Y yo me consumo solitaria. Mi cabeza herida, abierta, arde... Me duele todo el cuerpo... No sé cómo poner mi brazo roto... Me hace sufrir, me tortura y me pesa horriblemente. El derecho, intacto, lo llevo de un lado a otro, aburrida. No encuentro descanso de ningún modo. Lo ponga donde lo ponga, me duele, me duele hasta la náusea...

Por mi cabeza enferma, hinchada, se deslizan pensamientos sombríos terribles. Mi situación me parece todavía más desgraciada y sin salida de lo que lo es en realidad. La desesperación se apodera de mi alma. Sacuden mi pecho escalofríos espantosos: «Sí, no escaparé de las manos de los asesinos...». Todos, todos, incluso el médico, forman parte del complot. Luego, de repente,

mi mirada se topa con el reglamento, preciosamente caligrafiado en una hoja de papel blanco y pegado en la pared...

El cuarto está en penumbra, pero consigo, casi desesperadamente, leer esos renglones banales. El esfuerzo hace daño a mis cansados ojos, pero insisto en descifrar esa escritura de amanuense, apretada y redonda... La imposibilidad de lograrlo me desazona, me pone al borde de la crispación.

Luego, de pronto, rememoro los detalles de aquella fatídica jornada... Me veo abatida por un fuerte golpe en la cabeza, alzo los ojos: ante mí, con los brazos en alto, está el asesino... No puedo distinguir lo que lleva en la mano... Después, me balanceo entre gemidos, sentada sobre un baúl... La cabeza me da vueltas, fuerte dolor, hasta en el corazón... mis ideas se embotan... De golpe, todo se vuelve oscuro, se apaga... Caigo por un abismo sin fondo... Un solo pensamiento recorre mi cerebro entumecido: *La muerte... Sin pesar, sin temor...* «No hay otro dios que Dios, y Mahoma es su profeta». Todo se apaga... Un sudor frío cubre mi frente. Otra vez, desesperada, llevo mi brazo malo de una postura a otra... El hueso me causa un dolor sordo; el músculo, que hubo de ser cortado, se contrae haciendo encoger los dedos.... La herida, bastante profunda y malcosida, está ardiendo y pica. ¡No puedo más! Una terrible, una inexpresable angustia se adueña de mi alma y por mis mejillas corren impotentes lágrimas infantiles...

A través del ventanuco que hay encima de la puerta puedo ver el pálido claro de luna que aparece sobre el edificio de enfrente, en el que se encuentra la sala de autopsias, con su mesa de hierro y los botes con desinfectante... ¡Quién sabe si muy pronto no estaré yo ahí, sobre esa horrible mesa! La muerte en sí misma no me asusta... Solo tengo miedo a los sufrimientos, a los largos y absurdos sufrimientos... y también a un no sé qué negro, inde-

finido, tenebroso, que parece rodearme, invisible, solo percibido por mí...

Las estrellas brillantes me miran impasibles con sus ojos limpios, como si echaran a mi prisión una ojeada desde lo más alto de los cielos a donde no se puede llegar... ¡Misterio, el gran misterio del mundo, el por siempre impenetrable! Dejo caer la cabeza descorazonada: estoy sola, pobre y enferma... No tengo de donde esperar ninguna ayuda, ningún socorro. La maldad de los hombres no tiene medida. El único ser a quien amo, a quien quiero, me ha sido arrancado, alejado de mí a la fuerza brutal de los fariseos... y su conmovedora atención de alma pura ha sido expulsada del lecho de mi sufrimiento. ¡Estoy sola!

Mamá ha muerto y su *Claro Espíritu* ha dejado para siempre el mundo terrenal corrompido y que tan ajeno le era. El viejo pensador¹³ también ha desaparecido en las tinieblas de la tumba; mi amado hermano está demasiado lejos... ¡Estoy sola! Sola *para siempre*.

Y si está escrito que mi destino sea morir aquí, en el desierto baldío, no habrá ninguna mano fraterna que cierre mis ojos muertos... En el último instante, ninguna boca se abrirá a mi lado para consolarme ni acariciarme...

Lloro llena de impotencia, lloro por mi vida rota, perdida demasiado pronto...

Lentamente, como si su lentitud fuera premeditada, el día empieza a despuntar.

Por fin, sobre las cúpulas grises, el horizonte se vuelve de ese mismo gris... Unas nubes desapacibles azul oscuro hacen su aparición y en mi cuarto penetra la inquietante y triste mañana...

¹³ Su padre.

Qué extraño se me hace esto aquí, en donde el sol siempre es tan ardientemente claro, tan imperial.

Mi alma está aún más negra y apagada que la mañana...

A lo lejos se atropellan unos a otros los innumerables gallos de la ciudad... Tras su canto, mi oreja ya acostumbrada reconoce en qué barrio suena cada uno, y en mi cansada imaginación se elevan los cuadros del tiempo que he pasado aquí...

Pero bruscamente, ahí al lado, bajo el portalón del cuartel de tiradores, rechina la corneta, ronca primero, luego estridente, aguda... A los pocos minutos se oye el crujido de las pesadas puertas de la fortaleza que se abren para un día más. Después, en el mismo edificio del hospital, suenan cosas que ya me son familiares: las babuchas gastadas del enfermero, las botas con remaches de hierro de los dos cabos, las del sargento, todos empiezan a ir y venir. De los cuarteles suben gritos, imprecaciones, canciones, risas... Más allá, por oriente, se oye el relinchar de los caballos que los *spahis* llevan a beber... Siento como si una piedra cayera sobre mi alma.

¡Otra vez el día, otra vez el mundo, otra vez el ruido! El enfermero cojo, taciturno y amable, llegará de un momento a otro con una cafetera y un vaso... Luego, por el cemento del patio, resonarán los pasos ligeros. En la puerta aparecerá una túnica de rojo vivo, y la maravillosa y dulce luz de ojos pardos, la tierna y radiante luz iluminará toda esta habitación desabrida.

Mi alma se sentirá más serena y mi corazón más cálido.





Muchos otros lugares de África me fascinarán todavía...
Y luego, mi ser solitario y dolorido desaparecerá de la tierra
por la que habrá pasado en medio de los hombres
y de las cosas siempre como un espectador,
como un extranjero.

ISABELLE EBERHARDT



COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

CL#1

El Oriente de Joseph Conrad

Los escenarios de sus novelas marinas por Indonesia

SALVADOR SEDILES

CL#2

Paseos por Londres

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS

TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO

VIRGINIA WOOLF

CL#3

Historias sicilianas

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE PALOMA ALONSO

GIOVANNI VERGA

CL#4

Diarios de una nómada apasionada

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

ISABELLE EBERHARDT



DIARIO DE UNA NÓMADA APASIONADA

ISABELLE EBERHARDT

Su vida parece casual, a merced del capricho, pero sus escritos demuestran lo contrario. No tomó decisiones; sino que su impulso fue la acción. Su naturaleza combinaba una extraordinaria singularidad en sus objetivos y una igualmente poderosa nostalgia por lo inalcanzable.

PAUL BOWLES

Los años finales de su corta, ambigua, e intensa vida en el desierto argelino son la médula de estas páginas escritas entre 1900 y 1904, el año de su trágica muerte. Cuando Isabelle redacta estas notas no tenía *in mente* su publicación, por lo que constituyen un documento veraz y espontáneo sobre sus preocupaciones, pero también su personalidad. Apasionada, rebelde, tierna, Isabelle se funde con el desierto y la cultura árabe con una exaltación romántica que lo impregna todo. Vestida de hombre y bajo la identidad masculina de Mahmoud Essadi recorre el desierto, da cuenta de su pasión por la Causa Árabe, se inicia en la espiritualidad sufi y ama locamente a Slimâne Ehnne, el soldado argelino con quien se casó.

Su propia vida fue su mejor novela. Una vida que ha inspirado un par de películas, documentales, novelas y una ópera. Hasta el propio John Berger coescribió un guion sobre su fascinante historia.

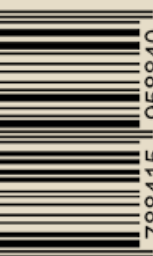
Nómada era ya cuando, de pequeña, soñaba al mirar las carreteras, las blancas carreteras tan atrayentes que conducen, bajo el sol que entonces me parecía más deslumbrante, directas a los encantos desconocidos... Y nómada seré el resto de mi vida, enamorada de los horizontes cambiantes, de las lejanías por explorar.

ISABELLE EBERHARDT



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-15958-84-0



9 788415 958840